

# EL TEATRO LILI MURATI

**C**UANDO le vimos por primera vez en «Un espíritu burlesco», entrevimos en ella, por sorpresa, a una actriz de gran feminidad. En su papel de «fantasma», Lili Murati mantuvo en el aire del escenario, durante toda la representación, el lujoso aplomo de la coquetería. Y por esa seducción que algunas mujeres saben imprimir a sus menores gestos y ademanes, nos dijimos ya desde que en Lili Murati aparecía, entre las muy pocas de nuestra escena, una dama atractiva en la ficción ensayada de una actriz.

Luego, en la cabecera de una compañía, en el Borrás, ha aparecido nuevamente ante el público. En esta segunda versión de su acento extranjero, de su dulce voz atrapada por el eco de su lengua nativa, y de su nerviosa y atractiva feminidad, podemos ya apuntar sobre cuál es su estilo. Lili Murati, mujer al fin y al cabo, cuenta con la seductora personalidad de sus años y con el feliz juego de sus ademanes. Antes que actriz o comedianta, es mujer. Cuando habla parece forcejear levemente con la frase, y ella misma parece sonreírse de haber acertado en decirlo bien de cara al espectador. Su mímica, ya por sí sola es como un diálogo que establece entre los comparsas de la obra y el público que la sigue con la sonrisa en los labios. Hay, en el fondo de cada una de sus interpretaciones, como una corriente de seducción.

En Lili Murati se da, a igual altura, el talento de actriz y el arte que se impone cualquier mujer que desee agradar. Ahí, o mucho me lo temo, está el delicioso arte de sus evoluciones en escena. Vive el papel de las comedias con el mismo gesto con



que debe de mirarse en el espejo: Dice los textos con la misma coquetería con que una mujer coqueta establece diálogo con un hombre. Tiene más picardía que vocación, y más sensibilidad de mujer interesante y bella que luminosidad dramática.

Y esta su misma gran feminidad, su tibia coquetería de mujer, es la que la instiga a convertirse en comedianta. Y es ésta su malicia y picardía femeninas la que hace que sus intervenciones adquieran para el espectador el sabroso atractivo de un arte nuevo en la escena: el de la simple presencia de una dama engalanada con la distinción de sus propios mimos, que sabe expresarlos en escena con la naturalidad de una gran actriz, llegada del centro de la vieja Europa.

J. C.